



AUTOBIOGRAFÍA Y FICCIÓN:

los Apuntes ribereños de Adriana García Roel



• NORA LIZET CASTILLO



Adriana García Roel es considerada una figura de la literatura regiomontana del siglo XX. Su importancia radica en que fue una mujer muy inquieta en el área de la narrativa. Fue novelista, cuentista, ensayista y periodista. El periódico *El Norte* la cataloga como “La gran dama de las letras”. Nació en Monterrey en el mes de junio del año 1916. La lectoescritura fue su forma de entretenimiento desde muy pequeña. En palabras de la autora, cuya primera lectura fue *El Quijote*: “los libros siempre han sido mi pasión. En navidad pedía libros y mi padre me los regalaba”, hecho que la motivó a hacerse adicta a la lectura. A los 9 años hizo su periódico familiar llamado *Pinocho* en donde redactaba las novedades sobre lo que iba leyendo. “Lo que pasa es que yo nací con este veneno, porque la literatura es un veneno que uno trae adentro”. Estudió la primaria en el Colegio Americano de Monterrey, la secundaria en el Instituto Laurens y la preparatoria, también en el Colegio Americano.

Posteriormente se trasladó a la Ciudad de México a tomar diferentes cursos y seminarios de literatura en la UNAM. Desde 1937 se dedicó a escribir ensayos. Colaboró en diversas publicaciones como *México al Día*, *Mañana y Hoy*, de la Ciudad de México; en el periódico *La Prensa de San Antonio*, en *La Opinión de Los Ángeles* y en *El Porvenir*, de Monterrey. Ganó un premio nacional con *El hombre de barro* en 1942; su relato titulado *Apuntes ribereños* vio la luz en 1955. En el año de 1988 el Gobierno del Estado de Nuevo León la hizo merecedora de la Medalla al Mérito Cívico, en el rubro de literatura (Cepeda, 1999:2D). Otras obras suyas se encuentran en diversas bibliotecas de la ciudad y del país. Su última novela se llama *Lucía la de Tlalpan* (2003). Como apunte biográfico es importante destacar que la familia de Adriana era de intelectuales, entre los que se cuentan su tío, el historiador Santiago Roel, y su hermano, Fernando García Roel, quien fue el primer rector del Tecnológico de Monterrey.

El hombre de barro, su primera novela, mereció el premio Miguel Lanz Duret¹ del año 1942. Relata la vida de la gente de campo del municipio de Montemorelos, Nuevo León. La narración se escribe en primera persona, recogiendo la imagen de lo que se observa y en ciertos momentos se imprime al texto el carácter de informe. La prosa va adquiriendo su condición de lenguaje narrativo en pocas páginas y está ya en pleno proceso el avance novelesco. Escrita con desenvoltura, nos sumerge en el mundo de la gente de la provincia y va estableciendo los hilos de la historia, sostenida sin duda en la propia experiencia y conocimientos que tiene la autora de la región citrícola del Estado y los

encuentros con personajes del lugar. En este sentido *El hombre de barro* asume, como ha ocurrido con tantas obras literarias y particularmente las del género de novela, la función de ser testimonio histórico y cultural de una determinada sociedad. Por ello, a pesar de la introducción de la autora para narrar en primera persona las actividades de las personas y la comunidad observadas, pareciera que hay un mundo de distancia entre su lenguaje, percepción y acción de los personajes. Pero esto en vez de suponer un demérito para la obra narrativa, le confiere su propio valor, pues finalmente es la capacidad narrativa de la novelista, proyectada desde la propia condición

citadina, la que produce esta observación cabal y auténtica del mundo rural rescatado en sus páginas.

Fascinada en principio por el río junto al que se ubica la población que retrata, arrinconada, igual que tantas, en el sur de Nuevo León, la narradora va mezclándose en la historia en la medida en que, como sucedió de seguro en su propia vida, se familiariza con el alma y las costumbres de los pobres campesinos

cuyas voces registraría para jamás olvidarlas. Desde la sosegada contemplación del paisaje hasta la profunda observación de aspectos sociales, la trágica realidad que testimonia la va marcando al grado de no dejarla tomar distancia ni poder evitar opiniones autorales cuya ausencia, tal vez, le habría dado mayor pulcritud al trabajo. García Roel eligió con honradez integrarse como personaje real al elenco que recreó, como una forma de compartir, siquiera un poco, la existencia trágica de seres marcados por la clara ignorancia y la evidente miseria, y para quienes, en una suerte de compensación, la vida reserva un respiro con el goce de esas cosas tan escuetas: la amistad infantil, la colorida fiesta escolar o el baile de tambora, que su voluntariosa cronista, ya entonces en plena madurez literaria, captó en páginas perdurables con una pluma vigorosa y diáfana.

GARCÍA ROEL ELIGIÓ CON HONRADEZ INTEGRARSE COMO PERSONAJE REAL AL ELENCO QUE RECREÓ, COMO UNA FORMA DE COMPARTIR LA EXISTENCIA TRÁGICA DE SERES MARCADOS.

¹ El premio Miguel Lanz Duret fue un "premio otorgado a la novela ganadora del concurso anual creado en 1941 por El Universal en honor a Miguel Lanz Duret -muerto en 1940- quien presidió la Compañía Periodística Nacional, El Universal y El Universal Gráfico, de 1922 a 1940. El concurso llegó a revelar nuevos valores, pero también a destacar obras de autores conocidos. La obra ganadora se publicaba en Editorial Botas al año siguiente de la premiación... El Premio desapareció en la década de los cincuenta" (Pereira, 2000: 415).

Una obra literaria debe sostenerse en su propia estructura –al margen de la procedencia real, histórica o antropológica de los sucesos que narra– y en su propio lenguaje, que es parte de esa estructura, como concepción que da sitio y presencia a la ficción novelesca. Todo esto se da en *El hombre de barro*, sin duda una de las más importantes novelas mexicanas de su tiempo, pero que, como ocurre con tantas obras escritas en provincia mexicana, ha sido ignorada en las antologías de la Literatura nacional.

Otra novela destacada de García Roel es *Apuntes ribereños*, un libro que relata una visita de vacaciones a la ciudad y puerto de Tampico. Sujetas a recoger las experiencias y sucesos de cada día, estas páginas no tienen la dimensión narrativa de *El hombre de barro*, ni la estructura y organización de una novela, pero a pesar de ello se sostiene el relato con las observaciones y descripciones que hace la autora del acontecer cotidiano, todo enriquecido con las narraciones que hacen los personajes, integrándose a manera de cuentos en el conjunto general. Así, de primera mano, nos enteramos de la historia de Chón, presente a lo largo del libro, lo que se dice sobre los hermanos de Chicho, la historia de Don Pedro, dueño del hotel y mallorquín de origen, o los recuerdos de Pancho Villa que se inician por un individuo en el autobús rumbo a la playa y se complementan con los recuerdos de la conversación de la autora con Mariano Azuela y los del telegrafista, amigo de su padre.

Apuntes ribereños, el segundo libro de García Roel, mantiene el relato con las observaciones y descripciones que hace la autora de los eventos cotidianos en el puerto de Tampico, a donde acude por motivo vacacional, acompañada de su esposo Julio. A esto se le suman los recuerdos y los reportajes periodísticos que se integran a las narraciones en un conjunto general. “Paso a pasito, y alternando los quehaceres femeniles con los devaneos literarios, vestí y acicalé los apuntes hasta juzgarlos listos para ser entregados a mi impresor...”, son las palabras con las que Adriana García Roel comienza su prefacio para los *Apuntes ribereños* y nos involucra en su intimidad.

Con la ribera tamaulipeca como escenario histórico, García Roel detalla aspectos de las comarcas y lugares pequeños que con el tiempo, inclusive, han cambiado de nombre. En esta obra, García Roel mantiene su

propia percepción del mundo y, al mismo tiempo, incluye elementos naturales como el río o los cambios climáticos, a los que concede rasgos antropomórficos como la voluntad y la decisión. Le brinda a la naturaleza su lugar dentro de lo que ella considera importante para ser narrado. Al igual que en *El hombre de barro*, los ríos y fenómenos naturales son reflejo de las emociones de los personajes de los que habla. Algo que lo hace particularmente femenino, además de esto último, es que los nombres de los huracanes que refiere son inevitablemente de mujeres: Gladys, Hilda y Janet, mismos que al momento de la elaboración del prólogo, habían destruido gran parte de los lugares que dan forma a sus historias.

El comienzo de su relato novelado es muy gentil y suave: “Allá en los días de adolescencia, cuando tenía yo tiempo, humor y vista para leer todo cuanto caía en mis manos...” (García Roel, 1955: 3). Con esta frase tan, aparentemente, sencilla se pone de manifiesto que lo que se va a narrar es cierto y corresponde a los recuerdos de una mujer que lee y que es sensible a lo que pertenece a su dimensión.

Las costumbres de la gente menesterosa no era un tema recurrente de la literatura escrita por mujeres y menos pretendía ser el tema literario que despertara el interés de la crítica y la lectura de la gente avanzada en las letras. *Apuntes ribereños*, como continuación del quehacer literario de Adriana García Roel, muestra su conocimiento de las letras con refranes e intertextos de los literatos clásicos. En el prólogo de esta novela menciona al Quijote hablando a Sancho Panza: “Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio a ellas”. En los primeros párrafos de su narración detallada de su viaje a Tampico, Tamaulipas, nos habla de una novela leída en su adolescencia llamada *Barcarola*, de Ricardo León. Hace un contraste entre lo que ella se dispone a contar y lo que está escrito en el relato de León. Este inicio nos da la idea de que el mar será uno de los temas de la historia. Y de alguna manera menciona que la ciudad cambió en el tiempo en que ella hacía sus correcciones, debido a los mencionados huracanes que destruyeron construcciones y causaron pérdidas humanas y materiales.

Para Adriana García Roel el devaneo literario fue importante, no solo habla de una historia sino que se involucra dentro del quehacer como escritora, le da

el tiempo a cada cosa. A continuación presentaremos fragmentos de *Apuntes ribereños* y haremos algunas consideraciones teóricas sobre la posibilidad de García Roel de hacer autobiografía, comentarios y labor literaria:

Llegamos al desembarcadero. Chón –que todavía tiene trabajo por hacer– nos invita a desembarcar pasando por su lancha. Así lo hacemos. Y después de arreglar cuentas con Chicho y de darle las gracias a todo mundo, nos dirigimos a nuestro hotel ansiando llegar pronto para descansar después de un día de tanto trajín marinerero.

Son las diez, poco más o menos, cuando llegamos. La brisa sopla deliciosamente y el reventar monótono de las olas llega hasta nuestro cuarto de segundo piso. Julio se enfrasca en *La Guerra y la Paz* y yo me ocupo de mis apuntes de viaje. Tolstoi entusiasma tanto a Julio que a cada instante interrumpe para leerme en voz alta este o aquel pasaje. Hace apenas tres o cuatro meses que yo terminé la lectura de esta maravillosa obra; de modo que la tengo muy fresca aún en la memoria y puedo seguir los comentarios, y, a veces, añadir algo de mi cosecha. Pero las interrupciones menudean y mis notas no avanzan. (García Roel, 1955: 57-58).

Uno de los tópicos más interesantes en la crítica feminista es la relación entre la mujer y el lenguaje. Encasillado con el contrato social, el sistema simbólico del lenguaje resume y revela la distribución dispar de poder causada por la diferencia de género. Para obtener el lenguaje propio, las mujeres se encuentran en el camino para empoderarse y definirse como mujeres (Gilbert y Guber, 1979: 183). Es útil el estudio de la relación entre la mujer y el lenguaje. Además, se consideran los diferentes aspectos del feminismo con sus múltiples aproximaciones que incluyen el análisis de texto y el psicoanálisis, y nos es de utilidad para reflexionar sobre las posibles intenciones de las palabras, no solo entre un siglo y otro, pero entre las ideologías imperantes de cada momento histórico. Y en cada situación en las que las mujeres escriben.

En este contexto, el discurso del autor es de un tipo fundamentalmente especial, que no puede tener el mismo estatuto que el de los personajes. Precisamente

es este discurso el que conforma la unidad de la obra y, en última instancia, le da sentido. Así como el universo artístico, el autor, narrador o participante de la obra, puede equipararse a los personajes (voz del autor) y no necesariamente al autor real, como sucede tanto en *El hombre de barro* como en *Apuntes ribereños*, donde se confunden la voz de la autora y la de la narradora al poner en primera persona el recuento de los eventos llevados a cabo por la protagonista. La pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles, la auténtica polifonía de voces autónomas, viene a ser, en efecto, la característica principal de las novelas según Bajtin (1988). Precisamente, el interés de las novelas de García Roel, no es la pluralidad de caracteres y de sus destinos dentro de un único mundo objetivo a la luz de la unitaria conciencia del autor, sino que se combina la pluralidad de las conciencias autónomas con sus mundos correspondientes, dando por resultado un nuevo punto de vista.

Desde la perspectiva monológica y de la correspondiente comprensión del universo representado, el mundo de nuestra autora pudiera parecer caótico, ya que la estructura de sus novelas es un conglomerado de elementos heterogéneos que pudieran parecer inconexos; no obstante, todas las relaciones lógicas permanecen dentro de los límites de las conciencias aisladas y dominan las relaciones temporales entre los acontecimientos.

El concepto de lo autobiográfico es interpretado como lo relativo a la vida de una persona descrita por sí misma. Para la ocasión, el tópico que me ocupa parte del supuesto que un escritor construye su autobiografía desde el momento en que plasma sus características particulares dentro de sus personajes. Según Magdalena Maiz y Luis Peña (1997: 12) la problemática de la representación personal exige que se consideren los puntos de referencia del discurso ideológico del autor sobre el que se construye, modela y articula, aunado al perfil histórico ubicado dentro del texto. La representación de un sujeto femenino agrava el problema, al intercalar la multiplicidad de temas y de matices con relación al sujeto autobiografiado visto desde sí mismo y aprehendido desde otro (lector). En relación con lo biográfico, la experiencia femenina tradicionalmente se sitúa partiendo de una interpretación ontológica, cuyo resultado es un bosquejo plano, uniforme, cerrado y estático. El caso de

LA BIOGRAFÍA FEMENINA LATINOAMERICANA COMO DISCURSO HISTÓRICO-LITERARIO DE CARÁCTER HÍBRIDO, FUSIONA Y DISTORSIONA SU ESTATUS DOCUMENTAL, SU NATURALEZA FICTICIA Y SU CARÁCTER CULTURAL, A PARTIR DEL MODELO DE REPRESENTACIÓN DE UN SUJETO FEMENINO EN UN CUERPO-TEXTO DE AMBIVALENTES IDEOLÓGICOS.

Adriana García Roel, por ejemplo, en donde ella funge como narradora y testigo de cada una de las vivencias en las que descubre otras maneras de ser. Este discurso oculta la ideología y la simbología socio-cultural desde el punto de vista del que construye. Sin embargo, no es posible excluir que el modelo de inscripción de la biografía se establece en la no bien definida relación historia-ficción que corresponde y responde a un sinfín de ideas imaginarias en los planos cultural, social, sexual y político; insertada, además, en un determinado momento histórico y en una situación particular de las tantas que pueden representarse alegóricamente y que afectan la comprensión, la construcción y el diseño expresivo del sujeto en cuestión.

En general, la biografía femenina latinoamericana como discurso histórico-literario de carácter híbrido, fusiona y distorsiona su estatus documental, su naturaleza ficticia y su carácter cultural, a partir del modelo de representación de un sujeto femenino en un cuerpo-texto de ambivalentes ideológicos, como puede constatarse en este tipo de relatos, puesto que muchos de los eventos descritos enuncian vivencias personales en primera persona, es decir, que muchas de las situaciones referidas corresponden a una parte de su autobiografía.

El proceso de lectura, interpretación y registro biográfico del sujeto femenino en este tipo de discurso afirma el hecho de que las coordenadas del "habla-

memoria" social de la mitografía popular y de la leyenda cultural enmarcan y afectan singularmente el itinerario de vida de la figura femenina. En esta forma se propone un pequeño grupo de lecturas de comprensión ubicadas o encuadradas bajo ciertos conceptos que enaltecen el discurso socio-simbólico de la autoridad, en este caso, el masculino-dominante. En este ejemplo, vemos la manera en que García Roel nos describe algunos aspectos socio-históricos de ella y otros personajes:

VI

En Tampico la vida sigue un ritmo gracioso. La gente encuentra tiempo para ser amable, ni se atropellan unos a otros ni su existencia es atolondrada. Tengo la impresión de que la gente de acá no lleva a cuestas el enorme fardo de preocupaciones materiales que allá en mi tierra suele agobiarnos. Y me parece entrever una diferencia muy grande entre la manera de vivir de un tampiqueño y la de un habitante de Monterrey; mientras el primero saborea lentamente la vida, el segundo se atraganta. En Monterrey vivimos un poco "a lo fenicio". (García Roel, 1955: 69).

Es interesante que Adriana García Roel establezca estas comparaciones para marcar las diferencias entre su bagaje cultural y sus percepciones de la vida con respecto a los habitantes de otra localidad. T. L. Broughton, en *Women's Autobiography: The Self at Stake?* (1991) declara que se leen autobiografías para escucharlas, para aprender de ellas, reconocer figuras históricas específicas, encontrar la propia voz del autor. No se trata de una cuestión de intratexto, sino de un producto histórico y de fuerzas de índole diversa. En el pasado y también en el presente las "fuerzas" han demarcado al género como androcéntrico. Canónicamente, es solo la figura del "gran hombre" la que tiene derecho a producir una autobiografía auténtica. Sin embargo, encontramos en la narrativa de nuestra autora regiomontana su punto de vista y la distancia que establece entre ella, su marido y los habitantes de Tampico.

Por otra parte, Sidonie Smith y Julia Watson (1988: 78) definen las fuerzas inherentes a la construcción tradicional del género autobiográfico. El yo, según



ellos, ontológicamente idéntico a otros yo, concibe su destino dentro de una narrativa teleológica que endiosa la individualidad y la particularidad propia del sujeto. La autobiografía implica también la definición del ser humano a partir de un conjunto de prerrogativas. A pesar de las diferencias de orden espacial, temporal, histórico y económico, los yos son racionales, agentes y unitarios. De esta forma, el yo equivale a hombre marcador del género universal de la humanidad, cuya identidad es privilegiada. En cambio, el yo de García Roel no indica género, solamente sus percepciones. "Este mundo no existe como tal, sino como la idea que de él nos formamos, la esencia es incognoscible". Schopenhauer propagó esta idea con la fórmula de que "el mundo es mi representación, yo no veo lo que es; lo que es, es aquello que veo. Hay tantos mundos, tal vez diferentes, cuántos son los hombres que piensan" (Schopenhauer, 1985: 83). Este es el principio universal libertador de todos los hombres capaces de comprender, según el propio filósofo Schopenhauer.

De esta manera, tratamos de ubicar la narrativa de García Roel, y tratamos de alejar un poco la idea de si es mujer o es hombre, la consistencia de sus palabras y de su narrativa toman otra dimensión, a más de 60 años de haber sido escrita.

A fuerza de recibir negativa tras negativa, Blas ha terminado por no insistirnos en que pasemos a comer al salón de los caracoles. ¿Cómo complacerlo si durante todo el año no hacemos más que soñar con el mar? Imposible meternos entre cuatro paredes cuando aquí en el corredor tenemos todo lo que venimos buscando. Y por fin se hace la luz en el cerebro de Blas, quien, comprendiendo que ha de serle imposible vencer al mar, acaba por rendirse a nuestro capricho y no vuelve a mencionar siquiera el comedor interior.

El mundo de Adriana García Roel se nos presenta a través de sus acertadas descripciones y de su facilidad para transportarnos a los espacios que nos

dibuja a través de sus palabras, en apariencia sencillas y simples, pero que dentro del quehacer literario requieren un oficio y una constante búsqueda de formas para representar una realidad a través de la ficción narrativa.

Para el año 1955 en México ya se conocían las plumas de Nellie Campobello, Rosa de Castaño, Magdalena Mondragón, Elena Garro, Rosario Castellanos, y ya se habían publicado libros, ensayos y poemarios de muchas otras nuevoleonenses que no se propagaron. En Nuevo León hay rescate de obra literaria de otras mujeres de diferentes municipios que también escribían, educaban y tenían muchas cosas que decir. Temáticas y acontecimientos importantes hacían que las mujeres tomaran la pluma e hicieran un recuento sobre la situación política, el entorno educativo y los cuestionamientos morales, que hablaran de sus vidas y sus deseos, de sus sueños y de sus anhelos. Para el año 1955, además, ya se habían logrado importantes conquistas a nivel internacional, como la homologación en el trabajo remunerado, y en México ya se había conquistado el sufragio femenino desde 1953. No es de extrañar que una mujer tan inquieta como Adriana García Roel supiera todas estas prerrogativas para la mujer y quisiera dejar un legado en blanco y negro; hablamos de sus novelas, de sus entretenidos cuentos y de la manera tan particular con que ella nos obsequió su interpretación del mundo. ●

REFERENCIAS

- Bajtín, M. (1988). *Problemas de la poética de Dostoievski*. Ciudad de México: FCE
- Broughton, T. L. (1991). Women's autobiography: The self at stake? *Prose Studies*, Vol. 14, No. 2, p. 76-94.
- Cepeda, C. (1999, mayo 9). Adriana García Roel. La gran dama de las letras. *El Norte*, p. 2D.
- García Roel, A. (1943). *El hombre de barro*. Ciudad de México: Porrúa.
- García Roel, A. (1955). *Apuntes ribereños*. Monterrey: Sistemas y Servicios Técnicos.
- Gilbert, S. y Guber, S. (1979). *The Madwoman in the Attic*. New Haven: Yale University Press.
- Maiz, M. y Peña, L. (1997). *Modalidades de representación del sujeto auto/bio/gráfico femenino*. Ciudad de México: UANL -FFyL.
- Pereira, A. (Coord.). (2004). *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*. Ciudad de México: UNAM / Ediciones Coyoacán.
- Schopenhauer, A. (1985). *El amor, las mujeres y la muerte*. Madrid: Editorial EDAF
- Smith, S. y Watson, J. (1998). *Women, Autobiography, Theory: A Reader*. Madison: Wisconsin University Press.